



EL "DESCENDIMIENTO", DE QUINTÍN DE TORRE

¿A qué se deberá esta adaptación tan completa de Quintín de Torre a nuestro gran arte religioso del siglo XVII?

Quintín de Torre había tenido frecuentes veleidades de modernidad y alguna de ellas está patente en los bocetos en bronce de esta Exposición adquiridos por D. Nicolás Urgoiti. Por otra parte, su afición a la policromía del siglo XVII lo ha man-

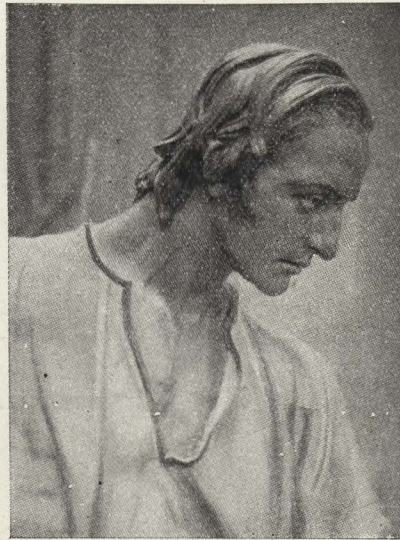
tenido atento para con las particularidades del arte religioso de esa época. Creo recordar en el estudio de Ignacio Zuloaga, en Zumaya, una obra religiosa de Quintín de Torre, de excelente policromía; yo no tengo más antecedentes concretos que me ayuden a explicar el hecho, en cierto modo misterioso, de esta relativa holgura con que la imaginación y la técnica de Quintín de Torre, como autor del *Descendimiento*

que expone en el Círculo de Bellas Artes, se mueven dentro del sabio, complicadísimo y lejano sistema de uestros grandes imagineros.

Yo creo que existe un arte moderno, pero creo más firmemente aun que en la existencia de un arte moderno en la eficacia persuasiva, arrolladora de la obra de un artista de primer orden que puede aparecer en cualquier momento ordenando un sistema insospechado que soslaye todas las cuestiones estéticas y técnicas planteadas por el doctrinarismo actual y deje aturridos y boquiabiertos de espanto a cuantos creen tener sujeto el porvenir del arte a sus huera disposiciones. Un aspecto importante del arte moderno o actual es el de su antimeridionalismo y antihispanismo. Mediante no pocos indicios podemos sospechar que las apetencias plásticas, que la apetencia de formas concretas en el arte, no se ha gastado tanto entre nosotros, como en otros pueblos de Europa que se han dejado influir por esa vaga tendencia iconoclasta o por lo menos de hastío hacia la representación vivaz, urgente y robusta de los seres artísticos, lo mismo en pintura que en escultura, tal como se vienen produciendo en la Europa meridional, hasta las últimas consecuencias del Renacimiento y aun hasta hace unos cuarenta años. El arte moderno, en cuanto tiene de vagamente iconoclasta, de desdén hacia las formas concretas, de inapetente de formas, de formas en el sentido histórico meridional europeo, no va del todo bien con nuestros gustos instintivos. Existe en la colectividad de nuestras gentes de mediana cultura y de mucho sabor terruñero, una decidida petición de formas concretas en el arte, que participe de la concreción y del animado movimiento de los seres vivos, de los que son trasunto los del arte. Pero hace tiempo que nosotros, como españoles, casi no tocamos pito en la orquesta europea que asume las iniciativas en materia de arte contemporáneo. No carecemos de individualidades eminentes, pero esas mismas individualidades, hace cuatro o cinco lustros que dejaron de imponer la visión hispánica del arte. Continuamos en general sintiéndonos más propicios para el arte narrativo y epopéyico que para esta ya larga y constante inhibición de alma centroeuropea ante lo anecdótico, descriptivo y formal, especie de cauces por donde corre la acción humana, que a nosotros tanto nos interesa. La primera noche de exposición de la obra de Quintín de Torre en el Círculo de Bellas Artes, pasaron a

mi vera dos pollos, uno ya con espolones, largo y huesudo; el otro menudito, cuidadosamente rasurado y pulcramente vestido, ambos conocedores de las cosas del arte, según se expresaron. El bajito, ahuecando la voz, algo atiplada, pero vibrante, dijo al final de unas frases humorísticas, entre despectivas y estimativas, de las tallas del *Descendimiento*: ¿Pero de dónde ha salido este bárbaro? ¿Sólo en España es posible una brutalidad como éstan alarmante, tan imponente y digna de ser estudiada! Es cierto; este bárbaro ha salido de lo más recóndito de las entrañas religiosas de nuestro siglo xvii y la brutalidad heroica con que se pone frente al sistema del arte moderno quizá no podría ser en estos días en España más que obra de un vasco. De un escultor vasco, que ha encontrado la manera de interesar al público con unas estatuas sólo tole-

rables para la generalidad frívola en los días de la semana de Pasión. Los pasos de Semana Santa son vistos por la multitud con curiosidad; con hondo interés por la minoría que siente aún con alguna viveza el arte religioso. Son cosas de esa teatralidad con la que cada día se va transigiendo menos, a tal punto de que el desfile por la vía pública de las imágenes y de los pasos que se guardan en las iglesias hasta la gran semana, más bien despierta en la multitud una especie de rubor; como si esos espectáculos fuesen antiguallas en cierto modo intolerables para el sentimiento moderno, más dado a las puras idealidades que a la imposición algo grotesca y vagamente idolátrica, en sentir de muchos, de esa especie de mascarada escul-



DETALLE DE SAN JUAN.

tórica, incomprensible desde el ambiente de llaneza pública, de suavidad y maneras y costumbres públicas en que se crían nuestras generaciones desde hace cuarenta años. El pollo distinguido e inteligente, que representa bien al público callejero actual, tenía razón, pero también la tiene la minoría fervientemente religiosa, que siente nuestro tradicional catolicismo y ve en las imágenes del culto otras tantas representaciones de entidades religiosas y de ideas tan vivas como las personas reales con las que coexistimos. Además, en nuestro país, con poco afortunado que sea el artista en dar expresión de vida a sus estatuas, consigue hallar calurosa aquiescencia y más aún cuando cultiva asuntos religiosos y especialmente de la Pasión, como ahora Quintín de Torre; porque existe todavía un fondo tradicionalista en el sentimiento de nuestras multitudes, fácil de ser agitado por los artistas de talento. Mucha gente ha ido a



DETALLE DEL CRISTO.

contemplar la obra de Quintín de Torre, y a los que tenemos costumbre de oír al público de las exposiciones nacionales que se queda en ayunas, como es natural que así suceda, ante la generalidad de las obras insustanciales de pintura y escultura que en ellas se exhiben, no ha dejado de extrañarnos la casi unánime comprensión de las cualidades expresivas del *Descendimiento*, tanto en su conjunto, como en sus detalles. Y ¿qué mejor señal de la eficacia de una obra de arte que su comprensión inmediata por la generalidad del público? Es tentadora la ocasión que se me ofrece de imaginar al *Descendimiento* de Quintín de Torre en un Salón de Otoño de París y las críticas que allí suscitaría, pero falta el espacio y hay que hacer punto. Antes de hacer punto final conviene decir que si existe cierto género de barbarie en esta obra hay que hacer resaltar el sentido elogioso del calificativo, pues barbarie quiere decir aquí bravo aliento, impetuosidad hercúlea, cualidades de los artistas anteriores a la decadencia en que vivimos. Decadencia por falta de ideal y por falta de oficio. Faltas que han convertido al hombre artista del día en un ser irresoluto e inapetente, tanto, que él mis-

mo, una forma viva y concreta, y hallando en los demás seres, sus semejantes, caracteres análogos, ni apetece su reproducción cromática y plástica, ni en caso de apetecerla acertaría, por falta de oficio, a fingirla estéticamente en una obra persuasiva. Muchas veces en estos laberintos inacabables de la crítica actual llega el forzado a describir diariamente a persuadirse de que *el mal del siglo* entre los profesionales de las artes plásticas estriba en la continua apelación a lo que piensan sobre el arte los teóricos, los simples habladores que nunca han de correr los riesgos de verse obligados a hacer lo que dicen. O sea, que al artista moderno lo que más le falta es confianza en sí, confianza en su modo de sentir y ver, y un poco de alejamiento despectivo de los maniáticos teorizantes y de todos los que escribimos de crítica, artística. Puede ser que sirva de algo la crítica para el público que tiene que aprender a ver, a sentir y hablar de arte. Pero al artista mismo, al practicante de las Bellas Artes, al pintor, al escultor, al arquitecto, lo que les importa es crearse unas convicciones absolutamente propias, una fe incontrastable en su poder expresivo, y tales cosas no las alcanzará leyendo, porque no se alcanza leyendo, ni oyendo teorías el poder engendradora de obras artísticas, que parece poseer en grado considerable Quintín



DETALLE DE MARÍA.

de Torre. Omito la descripción de su *Descendimiento* porque ya la hacen cumplidamente las fotografías adjuntas.

FRANCISCO ALCÁNTARA.